

# MINISTRO SIN CARTERA

*MILDRED CLINGEMAN*

El pequeño vehículo de la señora Chriswell se detuvo con un estremecimiento. Era un sitio perfecto. Solamente una cerca de alambre semidestruida que salvar, y ninguna vaca a la vista. Las vacas aterrorizaban a la señora Chriswell y, a decir verdad, sólo era un poco menor el temor que sentía hacia su nuera Clara. De ella fue, en exclusiva, la idea que su suegra anduviese entre los matorrales espiando a los pájaros. La idea de observar a los pájaros deleitaba a Clara pero, francamente, a la señora Chriswell ellos le aburrían. Volaban demasiado. Y en cuanto a los colores, resultaban inútiles sus especulaciones. La señora Chriswell era una de esas raras mujeres que son absolutamente ciegas a los colores.

—Pero, Clara —suplicó la señora Chriswell—, ¿servirá de algo si no puedo saber cuál es su color?

—Está bien, querida —consintió Clara al punto—, ¡pero será más emocionante si aprendes a conocerlos sólo por sus marcas distintivas!

La señora Chriswell se estremeció ligeramente al recordar la firme determinación de la barbilla de Clara, y pasó sobre la cerca de alambre, llevando consigo toda su impedimenta. Se aseguró de llevar los binoculares, el pesado libro sobre los pájaros y su bolso de mano, mientras pensaba en lo deprimente que era ser considerada, a los sesenta años, tan inútil como para ser asignada a ocupaciones inofensivas y amables para quitarla de en medio.

Desde la muerte del señor Chriswell, ella se fue a vivir con su hijo y la esposa de éste, para afrontar una vida de ocio forzoso. Los sirvientes se resentían con su presencia en la cocina, por lo que quedaba eliminada la actividad culinaria. Clara y la niñera no permitían interferencia en la rutina infantil, por lo que la señora Chriswell no tenía materialmente nada que hacer. Hasta sus labores de crochet desaparecieron como por arte de magia, ante el moderno mobiliario de Clara.

La señora Chriswell cambió de mano el pesado libro y consideró la posibilidad de rebelarse. El sol pesaba tanto como su carga. Al cruzar el campo, le pareció ver el reflejo del sol en el agua. Se sentaría a la sombra, a tejer, y se despojaría del gran sombrero de paja que Clara señaló como «lo más conveniente».

Al llegar a los árboles, la señora Chriswell dejó caer su impedimenta y arrojó lejos el sombrero, cosa horrible y ridícula. Miró a su alrededor para buscar el agua que pensó haber visto, pero no existía señal de ella. Descansó en el tronco de un árbol, y suspiró. Una ligera brisa refrescaba los húmedos cabellos en su frente. Abrió su gran bolso, revolvió el abigarrado contenido para buscar su gancho de crochet y el ovillo de hilo. Al hacerlo, tropezó con las instantáneas de sus nietas, que estaban en colores, pero la señora Chriswell, por desgracia, solamente las veía en diversas tonalidades de gris. La brisa se hacía más fuerte, muy agradable, pero la monstruosidad de paja rodó alegremente por la ligera pendiente, hasta los matorrales cercanos. Se detendría en sus ramas. Pero, no, el viento lo levantó y desapareció de su vista.

—¡Cielos! —la señora Chriswell no se atrevería a enfrentarse a Clara si extraviaba el sombrero. Sin desprenderse de la estorbosa bolsa, se levantó para darle alcance. Al rodear los arbustos tropezó con un joven alto, vestido de uniforme.

—¡Oh! —exclamó la señora Chriswell—. ¿Ha visto usted mi sombrero?

El joven sonrió y señaló colina abajo. La señora Chriswell se sorprendió al ver su sombrero pasar de mano en mano entre otros jóvenes altos, vestidos también de uniforme. Ellos reían alegremente y no tenía por qué reprochárselos. Estaban ante un aparato de diseño poco usual de color plateado. La señora Chriswell lo estudió por un momento, pero realmente nada sabía de esas cosas. El sol se reflejaba en el vehículo y se dio cuenta que esto fue lo que confundiera con agua. El joven que estaba a su lado le tocó el brazo. Ella se volvió y observó que tenía un gracioso sombrerito de metal en la cabeza. Le ofreció uno igual con grave cortesía. La señora Chriswell le sonrió y él hizo un gesto de asentimiento. El joven le ajustó el sombrerito cuidadosamente, accionando algunas pequeñas perillas ornamentales.

—Ahora podemos hablar —dijo—. ¿Me escucha bien?

—Mi querido muchacho —murmuró la señora Chriswell—, por supuesto que sí. No soy tan vieja como para no poder oír. —Encontró una piedra llana, y se sentó a charlar. Era mucho mejor que observar a los pájaros o hacer crochet.

El joven alto efectuó excitadas señales a sus compañeros. Ellos también se pusieron los sombreritos de metal y subieron a la colina. Aún riendo, depositaron el sombrero de paja sobre el regazo de la señora Chriswell, quien palmeó la piedra a modo de invitación, y el más joven de los cuatro se sentó a su lado.

—¿Cuál es tu nombre, madre? —preguntó.

—Ida Chriswell —contestó ella—. ¿Cuál es el tuyo?

—Mi nombre es Jord.

La señora Chriswell le palmeó la mano.

—Es un bonito nombre, poco usual.

El muchacho tomó la mano de la señora Chriswell y la frotó contra la tersura de su mejilla.

—Tú eres como la madre de mi madre —explicó el joven—, a quien no he visto durante mucho tiempo. —Los otros rieron y el muchacho se sintió confundido y se limpió una lágrima que le corría nariz abajo.

La señora Chriswell frunció el ceño en advertencia a los que se reían, y le entregó al chico un pañuelo que sacó de su bolso, perfumado con lavanda. Jord lo volvió una y otra vez entre sus manos y lo olió tentativamente.

—Está bien —lo alentó la señora Chriswell—. Úsalo, tengo otro.

Jord aspiró más profundamente el suave perfume.

—Es sólo un asomo de la melodía, madre Ida —comentó—, pero es muy parecido a una nota de las Colinas de la Armonía del hogar. —Pasó el pañuelo a todos los jóvenes quienes lo olieron y sonrieron.

La señora Chriswell trató de acordarse si había leído alguna vez acerca de las Colinas de la Armonía y recordó cuando el señor Chriswell le reprochaba su desconocimiento de la geografía, pero le pareció de mala educación no hacer algún comentario. Las guerras cambiaban a las gentes de un lugar a otro y estos jóvenes se hallaban nostálgicos y cansados de ser extranjeros, y deseosos de hablar de sus hogares. Se enorgullecían de darse cuenta que eran extranjeros. Pero había algo... realmente difícil de explicar. ¡El modo como subieron a la colina a saltos! Quizás eran montañeses, para quienes las colinas no presentaban mayor obstáculo.

—Háblame de tus colinas —le pidió.

—Espera y te mostraré. —Miró a su jefe para pedir aprobación. El joven que le ajustó el sombrero asintió. Jord pasó una uña por el pecho de su uniforme. La señora Chriswell se sorprendió al ver un bolsillo donde antes no aparecía ninguna abertura. En verdad, la Fuerza Aérea hacía maravillas con los uniformes, pensó.

Cuidadosamente, Jord levantó un paquete de una gasa muy fina. Oprimió con suavidad el centro del paquete y éste se abrió en nubes voluminosas de hilos impalpables unidos como una telaraña. Ante los ojos de la señora Chriswell, la maraña de hilos era de color de la niebla y casi tan insustancial.

—No temas —la calmó Jord con suavidad, aproximándose a ella—. Inclina la cabeza, cierra los ojos y escucharás a las Colinas de la Armonía del hogar.

Hubo sólo un instante de casi temor; pero, antes de cerrar los ojos, vio el amor en los de Jord y supo, en ese momento, cuan raramente había visto una mirada así, en cualquier sitio... en cualquier tiempo. Si Jord se lo pedía, estaba bien. Cerró los ojos, inclinó la cabeza y, en esa actitud de orar, sintió como una ingrátida nube descendía sobre ella, como si la aurora la envolviera. Y, entonces, comenzó la música. Ante la oscuridad de sus ojos, se elevó poderosa y majestuosa, en colores que nunca viera o intuyera. Floreció como bosques de aromas intoxicantes que la llenaron de gozo. No podía decir si los perfumes que se mezclaban hacían la música o si la música creaba las flores y los perfumes que de ella surgían. No le importaba, sólo deseaba escuchar para siempre ese olor, pero, después de todo, se decía a sí misma, me parece extraño poder verlo.

Parpadeó ante el círculo de jóvenes. La música terminó. Jord ponía nuevamente el paquete de los intangibles hilos en su bolsillo, y se reía de su asombro.

—¿Te gustó, madre Ida? —Se inclinó hacia ella y le acarició el rostro surcado por algunas arrugas, aún encarnado por la excitación.

—Oh, Jord, qué hermoso. Dime...

Pero ya el jefe los llamaba al orden.

—Lo siento, madre Ida, pero debemos apresurarnos en nuestros asuntos. ¿Contestarás algunas preguntas? Es muy importante.

—Por supuesto —acató la señora Chriswell. Aún se sentía un poco confusa—. Si puedo... si es como los concursos de la radio, lo sentiría, no soy muy buena para eso.

El joven movió la cabeza.

—Se nos ha instruido —explicó— para investigar y reportar las verdaderas condiciones de este... del mundo. —Señaló hacia el aparato que brillaba al sol—. Hemos viajado por todos lados en esta lenta máquina, y nuestras observaciones han sido cuidadosas... —vaciló, tomó aliento y continuó—: y quizás nos veamos forzados a entregar un informe desfavorable, pero ello depende en gran parte del resultado de nuestra conversación contigo. Nos alegramos de encontrarte. Estábamos a punto de enviar una avanzada que capturase algún individuo para interrogarlo. Es nuestra última tarea. Ya no estará preocupado Jord, que siente nostalgia por su hogar y los seres amados. —Suspiró, y los otros jóvenes le hicieron eco.

—Todas las noches —confesó la señora Chriswell— rezo para que haya paz en la Tierra. No puedo soportar el pensamiento que ustedes, los muchachos, combatan y mueran, mientras las familias esperan y esperan en casa... —Miró a los rostros que le escuchaban—. Y les diré algo más. Creo que no puedo odiar a nadie, ni aún al enemigo. —Los jóvenes se asintieron unos a otros—. Pregunten ahora lo que gusten. —Sacó su aguja de crochet y el ovillo de hilo y comenzó a tejer.

A su lado, con placer, Jord la miró trabajar. La señora Chriswell sintió acrecentarse su afecto.

El joven alto inició su grave interrogatorio. Eran preguntas muy simples, y la señora Chriswell las respondió sin vacilar. ¿Creía en Dios? ¿Creía en la dignidad del hombre? ¿Realmente se oponía a la guerra? ¿Creía capaz al hombre de amar a sus vecinos? Las preguntas continuaron, y la señora Chriswell continuó tejiendo mientras respondía.

Finalmente, el joven suspendió sus preguntas y la señora Chriswell terminó una pequeña carpeta de crochet. Jord rompió el silencio que guardó durante el interrogatorio.

—¿Puedo conservarla, madre? —preguntó señalando la pieza de tejido. La señora Chriswell se la entregó con gran placer y Jord, con infantil entusiasmo, la guardó codiciosamente en otro bolsillo secreto. Señaló el bolso de mano.

—¿Puedo ver, madre?

La señora Chriswell, indulgentemente, le entregó el bolso de mano. Él lo abrió y vertió su contenido sobre el pasto. Las instantáneas de las nietas de la señora Chriswell quedaron encima. Jord sonrió al ver las lindas caritas de las niñas. Buscó en su bolsillo pectoral y a su vez sacó unas fotografías.

—Éstas —le señaló con orgullo a la señora Chriswell— son mis hermanas pequeñas. ¿No son como las tuyas? Hagamos un cambio, porque pronto estaré en casa con ellas y no necesitaré sus retratos.

La señora Chriswell le hubiese dado todo lo que poseía, si se lo hubiera pedido. Tomó las fotos que le ofrecía y contempló con placer los rostros de las niñas. Jord continuó revolviendo el contenido de la bolsa. Cuando terminó, también obtuvo tres ilustradas recetas de cocina arrancadas de alguna revista, y dos pastillas de menta.

El joven ayudó a la señora Chriswell a quitarse el sombrero metálico. Hubiese deseado conservarlo, pero no creía que Clara lo aprobara. Tomó su monstruoso sombrero de paja, besó a Jord en la mejilla, hizo un saludo cariñoso a los demás, y recorrió de nuevo el camino hasta su automóvil. No volvió el rostro, para que los jóvenes no vieran sus ojos llenos de lágrimas.

El habitualmente tranquilo hogar de Clara era un pandemónium cuando regresó la señora Chriswell. Todas las radios de la casa estaban al máximo volumen. Hasta Clara permanecía pegada a una de ellas, en la biblioteca. La señora Chriswell escuchó, a un chico en la calle, gritando: «EXTRA, EXTRA», y la camarera casi la derribó al pasar hacia la puerta para comprar uno. La señora Chriswell, soñolienta y un poco quemada por el sol, supuso que era algo sobre alguna horrible guerra.

Estaba a punto de entrar en su habitación cuando la niñera pasó a su lado, en ascuas, rumbo a la cocina y con otro diario en su mano. ¡Cielos, las niñas estaban solas! Se detuvo a verlas. De la parte trasera de la casa llegaba la voz alterada de la cocinera:

—¡Les digo que lo vi! ¡Saqué un poco de basura y allí estaba, justo encima de mí!

La camarera llegó con un diario en la mano. La señora Chriswell extendió tranquilamente la mano y lo tomó.

—Gracias, Nandine —susurró.

Edna y Evelyn estaban sentadas en el suelo de su habitación, con una caja de dulces entre ambas, cuando la abuela abrió la puerta. Sus caritas estaban llenas de chocolate. Repentinamente, Edna tiró de los cabellos de Evelyn.

—¡Tonta! —gritó—. ¡Tomaste tres más que yo!

—¡Niñas, niñas! No peleen. —La señora Chriswell estaba muy complacida que hubiese algo en que intervenir con autoridad. Finalmente, pudo llevarlas al cuarto de baño para lavarles la cara.

—Cámbiense los delantales y les contaré mi aventura —les ofreció.

Mientras lo hacían, pensando cómo las abuelas ejercen un efecto calmante en los niños, abrió el periódico para ver los titulares.

«PLATILLOS VOLADORES APARECEN SOBRE LA CIUDAD». «Misteriosa transmisión interrumpe los programas en todas las frecuencias». «Una mujer desconocida salva al mundo, dicen los hombres del espacio». «UN SER HUMANO CUERDO EVITA LA DESTRUCCIÓN». «MUJERES HOGAREÑAS, ESPERANZA DEL FUTURO». «Cocina, tejidos de aguja, hogar y religión, norman la decisión de los jueces del espacio». Todas las columnas del diario estaban llenas de las mismas tonterías ininteligibles. La señora Chriswell lo dobló con cuidado, lo colocó encima de una mesa y se volvió para atar los baberos de las niñas, para relatarles su aventura.

—... y me dieron unas fotografías encantadoras. Dicen que son en colores... Unas niñas muy buenas, como mi Edna y mi Evelyn. ¿Les gustaría verlas?

Edna emitió un ruido raro con la boca, mientras Evelyn decía con expresión angelical:

—Sí, abuelita, muéstralas.

La señora Chriswell les entregó las instantáneas, y las niñas pusieron juntas sus cabezas para verlas, antes que Evelyn las dejara caer al suelo como si le quemaran las manos. Miró a su abuela mientras Edna hacía un ruido demostrando su repulsión.

—¡*Verde!* —chilló Edna—. ¡Ughh... tienen la piel *verde!*

—¡Abuela! —gritó Evelyn, entre lágrimas—. ¡Esas niñas son de color rana!

La señora Chriswell se inclinó para recoger las fotografías.

—Niñas, niñas —murmuró—, no debe preocuparnos el color de la piel de las personas. Roja... amarilla... negra... todos somos hijos de Dios. Asia o África, no importa la diferencia. —Pero antes que pudiera terminar de hablar, la niñera apareció en la puerta con aire de reproche. La señora Chriswell se apresuró en ir a su propia habitación, mientras una pequeña preocupación daba vueltas en su mente.

—Rojos, amarillos, negros, blancos —murmuró una y otra vez— y morenos... pero, ¿*verdes...*?

La geografía fue siempre su punto débil. ¿Verde... en qué sitio era *verde* la gente...?

**FIN**

Libros Tauro